

Habitar la ciudad en un mundo moderno nos lleva continuamente a experimentar relaciones interpersonales e intrapersonales.

Siempre se ha tenido el concepto de la ciudad como un caldo de cultivo de oportunidades y nuevas experiencias; en ese contexto es el ciudadano el que debe ser consecuente con su realidad y escoger, basado en sus relaciones y sus vivencias propias, qué provecho quiere sacar de la ciudad, pudiendo vivir sus calles y espacios de mil maneras cada vez que los recorra.

Pese a esa espontaneidad que se nos ofrece, uno comienza a sentir que realmente habita su ciudad cuando consigue encontrar en ella destellos de costumbrismo, al frecuentar ciertos rincones y lugares que enriquezcan nuestra experiencia al habitar la ciudad, y sentir que son de nuestra pertenencia, aunque puedan llegar a “pertenecer” a muchas más personas, cada una de estas, con un motivo distinto, pero compartiendo ese lugar y dotándolo de humanidad, lo cual es nuestro papel principal en este escenario que se nos ofrece.

Las ciudades tienen ese poder, de crear vínculos a través de lugares y acciones alrededor de estos entre personas desconocidas entre sí, que quizás sólo comparten eso, que ambos habitan su ciudad de una manera determinada.

